Allí habló un Maestro

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Con gran expectativa y con gran reverencia viajamos por el viejo camino de Sarnath, recorrido por los pies de los fieles durante siglos y siglos. Este santuario, que es tenido por todos los buddhistas como el segundo de los santuarios sagrados, solo dista doce kilómetros de Benarés. En algunos sitios, el camino discurría bajo el follaje de árboles que nos permitían ver pintorescos panoramas.

Hace dos mil quinientos años, según tradiciones venerales, Gautama Buddha recorrió esta misma región para fundar su “Reino de la rectitud”. El histórico sitio de Sarnath se conocía con el nombre de Magadaya o sea el “sitio del venado”. Se le llama también Isipatana: “Isi” se refiere a los santos o Rishis que, según las narraciones sagradas, descendieron allí “mientras viajaban por los aires desde el Himalaya”.

Por consiguiente, como sucede con muchos sitios venerables, se atribuyó, una significación sagrada a esta región antes de la época de su importancia histórica, esto puede deberse a que los devotos desean que esos sitios sean dignos de los personajes venerables con quienes se les relaciona. Esto es como para insinuar el buen jucio del Mesías o del Iluminado, que escogió un sitio proporcionado a sus ideales espirituales.

El primero de los grandes edificios que divisamos fue la gran stupa. Esta construcción funeraria y circular es semejante a varias otras que hay en la India y que fueron levantadas hace siglos para conservar reliquias sagradas del buddhismo, o para marcar algún sitio relacionado con la vida de Buddha.

Tenía una apariencia adusta y severa, como de fortaleza, su lúgubre exterior estaba ennegrecido por los siglos, vegetaciones rastreras cubrían en parte uno de sus lados, dando así un toque de color que rompía la monotonía de su aspecto. Muy cerca estaba el edificio que popularmente se denomina “santuario principal”, que no es otra cosa que los restos de una stupa erigida durante el reinado de Asoka.

El Rey Asoka fue uno de los que más contribuyeron a la arquitectura india moderna y a nuestros conocimientos de la antigüedad de aquel país. Asoka fue emperador de la India desde el año 264 hasta el 228, antes de Cristo. Durante el noveno año de su reinado dispuso la invasión de Kalinga y parece que acompañó al ejército , el saqueo del país y de los habitantes y los horrores de la guerra lo impresionaron mucho y renunció a toda otra ambición militar, con lo que se dedicó, más bien, a “la conquista de la religión”. Parece que conoció las enseñanzas buddhistas y se convirtió a ellas.

Más tarde, se dedicó a buscar la Gran Sabiduría (el Sambodhi). Su fervor lo llevó a dejar treinta y cinco inscripciones de diversos tamaños, grabadas en rocas, pilares o cavernas, las que constituyen los monumentos más notables del buddhismo. Esto permitió a la arqueología moderna completar algunas

páginas inconclusas de la historia. Esto le valió también fama perdurable en las crónicas buddhistas. Su patrocinio del buddhismo era equivalente al patrocinio que Constantino otorgó al cristianismo. Los antiguos griegos no mencionaron a Asoka y los brahmanes parece que intencionalmente tampoco lo mencionaron.

Al Oeste del santuario principal queda aún en pie un trozo de pilar de piedra que fue erigido por Asoka, según se dice, en el lugar exacto en donde Buddha pronunció su primer sermón.

En este mismo camino, en un hermoso día que tal vez no era muy diferente al de hoy, a mitad de camino entre Benarés y Sarnath, en un lugar llamado Choukandi, fue donde Buddha encontró a sus anteriores compañeros, que lo habían abandonado cuando renunció a sus prácticas ascéticas. Al ver a Buddha aproximarse, quisieron alejarse, pero él los llamó y les dijo: “Escuchad, oh Bhikkhus, he alcanzado lo inmortal; os enseñaré y os predicaré la verdad. Si marcháis por el sendero que os señalo, penetraréis dentro de poco en la Verdad, la conoceréis por vosotros mismos y la veréis cara a cara, y viviréis poseyendo la meta superior de la Vida Santa . .”

Entonces, Buddha les recitó la "Fundación del Reino de la Rectitud," o "El Giro de la Rueda", que es el símbolo de la evolución del individuo y la reaparición de la verdad.

Entonces consignó el Sendero de las Ocho Vías, que todos los discípulos deben recorrer.

Posteriormente, Sarnath llegó a ser un gran centro de actividades buddhistas durante más de mil años. Fa-Hian, peregrino chino del siglo quinto después de Cristo, dice que el monasterio tenía entonces mil quinientos sacerdotes y un vihara (monasterio), de setenta metros de altura.

Los buddhistas de todas partes del mundo han hecho alguna peregrinación a esta región consagrada. Gautama Buddha dijo que todos los fieles debían visitar los santuarios sagrados del buddhismo; a uno de sus discípulos dijo: "Y aquéllos, Ananda, que mueran mientras efectúan las jornadas de esa peregrinación, creyentes de corazón, renacerán después de la muerte, cuando el cuerpo se disuelva, en los reinos felices de los cielos."

¿Estábamos acaso indebidamente impresionados por las tradiciones que aquellos sitios nos recordaban constantemente? Nos parecía que todos aquellos sitios irradiaban una paz que inducía a la contemplación. Estábamos en noviembre, y sin embargo el sol tenía la energía fortalecedora de un día de mayo. Las colinas lucían un verde vivo, manchado con las grandes sombras de los árboles. Nuestro ensueño quedó interrumpido cuando llegamos a la Mulagandha Kuti Vihara, magnífico templo erigido en el centro de espaciosos y floridos jardines. Su blancura era como un marco neutro para los colores que lo rodeaban.

Fasto Oriental

Se efectuaba una gran festividad, pues era el aniversario del Mulagandha Kuti Vihara; este aniversario se festeja durante la luna llena del mes de noviembre de cada año, y dura tres días. Bhikkhus (monjes) y seglares de Ceilán, la China, el Japón, el Tíbet y otros países, habían venido especialmente. Nosotros íbamos a asistir a esas ceremonias únicas y típicamente orientales, como invitados y como miembros de la Sociedad Maha Bodhi; compartiríamos este sagrado acontecimiento con sabios y místicos, hombres a quienes neófitos y estudiantes reconocían como maestros en su sabiduría y en el empleo de la Dhama (la Ley).

Se llegaba al Mulagandha KutiVihara templo relativamente moderno, por una avenida adornada con banderas triangulares de brillantes colores que flotaban indolentes contra un cielo sin nubes. Uno de los bhikkus, ataviado con sus vestiduras de amarillo anaranjado, nos escoltaba. Al pie de los escalones que llevan al portal del templo nos detuvimos y nos quitamos los zapatos.

En los países orientales jamás se pisa sobre tierra sagrada con los zapatos puestos; el tránsito desde el mundo profano hasta el santuario queda así marcado por el acto de quitarse el calzado, de la misma manera que en las iglesias de Occidente nos quitamos el sombrero. Las ceremonias oficiales todavía no habían comenzado, pero ya habían hecho su aparición centenares de visitantes procedentes de tierras exóticas y lejanas. Nos detuvimos un momento para admirar el espectáculo, había peregrinos tibetanos que habían venido desde las abras distantes del Himalaya, a quienes sus largos cabellos trenzados y pantalones o faldas de lana burda, les daba una apariencia muy pintoresca; había grupos de peregrinos de Ceilán a quienes les gustaba hablar de la limpieza pulquérrima de su país.

Estábamos de pie en la plataforma de mármol inmediata a las grandes puertas del templo, y sobre nosotros colgaba un enorme gong de bronce. Suspenso también y en posición horizontal, estaba una pesada vara de bambú, que descansaba sobre una especie de cabestrillo de cuerda, dispuesto de manera que si se tiraba de un cabo y se le soltaba, la pesada vara se mecía hacia adelante golpeando el gran gong y produciendo un hermoso y resonante sonido que podía escucharse a varios centenares de metros. Un joven, vestido con un dhoti blanco, que estaba lleno de gozo, tenía a su cargo hacer sonar gong cada vez que una persona entraba.

Algunos peregrinos preferían llevar a cabo por sí mismos este rito ceremonial.
En el interior había un encanto especial y una rica sencillez; el piso era de mármol muy bien pulido; los muros eran de piedra color de ocre; el altar no era diferente de los que habíamos visto en otras partes, sin embargo, nos impresionaron mucho los murales. Representaban estos la vida de Buddha en una serie de escenas, las cuales comenzaban por los murales de la izquierda, a la entrada, y circundaban completamente el templo, siendo cada escena progresiva con respecto a la anterior, en el transcurso de acontecimientos de la existencia mortal de Buddha. Los colores eran suaves y el dibujo excelente; fueron hechos por el célebre artista japonés Kesetu Nosu, quien fue también un devoto buddhista.

En esta ocasión, habían alzado en los jardines una gran tienda; suspendido sobre unas varas había un toldo grande hecho de trozos de telas de distintos colores, y lleno de banderolas y adornos orientales. Al mirar todos aquellos flotantes ornamentos, los monjes y los peregrinos inquietos concentrados en ese punto focal, nos transportamos mentalmente a través de los siglos hasta la corte de algún príncipe del desierto de la Arabia antigua.

Algunos de nosotros presentamos nuestros respetos a los dignatarios presentes; mientras me presentaban a algunos de ellos, mis compañeros preparaban el equipo cinematográfico para tomar películas en colores, lo que causaba muchísimo interés entre la multitud, y llegó a ser durante un rato una de las mayores atracciones.

Los tambores comenzaron a sonar. El palpitar rítmico de los tambores orientales es algo semejante a la palpitación profunda e inmanente de nuestro propio ser. No solamente los escuchábamos, sino que parecía que esos golpes nos penetraban y vibraban dentro de nosotros. ¡La procesión había comenzado! Ante nosotros se desenvolvía un desfile lleno de indescriptible pompa oriental, que era una experiencia inolvidable para todos. Lo más importante de esta procesión es la exhibición pública de las sagradas reliquias, las reliquias más auténticas de Buddha.

Desde allá lejos, desde el comienzo de la avenida, comenzaron a moverse, lenta rítmica y majestuosamente. A la cabeza del cortejo iba un inmenso elefante arrastrando grandes colgaduras de color rojo brillante cubiertas de piedras semipreciosas. En el lomo llevaba un "howdah" ricamente ornamentado en el que iba sentado un sacerdote tibetano cubierto con sus vestiduras de lujo, y llevando, lo que constituía un gran honor, algunas de las reliquias sacrosantas.

Al aproximarse el paquidermo, levantando sucesivamente las macizas patas a compás con los golpes del tambor, parecía darse cuenta de la eminencia de su posición, y durante varios segundos seguidos, elevaba su trompa como quien alza una bandera al aire.

Para aumentar la excitación, se escuchaba el grito agudo de las cornamusas indias; venían detrás muchachos y muchachas con banderas simbólicas y los rostros llenos de gozo, luego, extendiéndose más de trescientos metros, venía la procesión solemne de los bhikkhus y peregrinos con sus trajes de vivo colorido. Dieron todos tres veces la vuelta al templo y se dirigieron entonces a la sagrada stupa donde "El Iluminado" había expuesto el "Sendero de la Rectitud" veinticinco siglos antes.

Los concurrentes eran ya varios millares. Como el festival era importante, también vinieron, como espectadores, centenares de hindúes. Terminada la procesión, se formó el cónclave bajo la inmensa tienda. De acuerdo con la costumbre oriental, alfombras y tapices de mil colores se extendieron sobre la tierra. No había asientos para los espectadores y todos se sentaron, con los pies descalzos y las piernas cruzadas, lo que era una posición difícil para los occidentales no acostumbrados, como lo éramos nosotros.

A un extremo de la tienda habían colocado bancos muy bajos para los bhikkus que tenían sitio de honor. Frente a ellos estaba erigido el dosel del orador.

Una innovación moderna que habían introducido era un sistema para hablar al público, que hacía posible que millares de personas que no podían entrar a la tienda escucharan todo.

Cuatro jóvenes indias, que llevaban en la frente la marca de su casta y estaban vestidas con saris de un blanco purísimo, se sentaron delante del dosel. A manera de prólogo, cantaron con sus suaves y dulces voces. Indudablemente que se habían hecho arreglos minuciosos para fijar el programa, pero, como sucede cuando hay tan inmensas reuniones, se produjo alguna confusión que dio por resultado una dilación larga antes de que comenzaran los discursos y oraciones. El orador principal era el encargado de negocios de Siam.

Los discursos eran trilingües: en bengalí, hindú e inglés. Como representante de AMORC, tuve el placer de dirigir la palabra a esta gran asamblea.

La palabra de un místico

Hay incidentes que se destacan en nuestra memoria, sea cual fuere la variedad de circunstancias que los rodee. Siempre recordaré la mañana en que estábamos filmando la stupa principal de Sarnath. Como de costumbre. había curiosos que se detenían a ver nuestras actividades. Uno de estos llamaba la atención, aún cuando su traje no era extraño ni exóticos sus ademanes. Llevaba las vestiduras de los bhikkhus, la cabeza afeitada y los pies descalzos.

Su rostro, sin embargo, era como una máscara y fue eso lo que llamó mi atención. Su rostro no tenía expresión ninguna; no hablaba a ninguno de quienes lo rodeaban, pero me miraba con la mayor atención. Lo que atraía su interés no eran nuestras cámaras ni equipo, ni nuestras actividades; su atención estaba fija en mí, y parecía ejercer casi una fuerza física; era como si su mirada tuviera una energía penetrante, que llegaba a distraer, aunque no de manera desagradable.

Para desahogar mis propios sentimientos, finalmente me dirigí a él y le hablé. Lo que dije no fue más que una observación cualquiera, pero cordial. Todo su rostro se iluminó y se hizo vivo, lleno de sentimientos; ocurrió en toda su personalidad una completa metamorfosis.

Parece como que hubiera resuelto que fuera yo quien hablara primero. En realidad, me convencí de que había aplicado principios ocultos para inducirme a entablar conversación.

Esto fue experiencia sumamente grata. Estábamos en la sombra, casi en el mismo sitio en donde Buddha expuso a la humanidad su concepto de la propia disciplina. Mi interlocutor había oído que me habían presentado

como oficial de la Orden Rosacruz; me hizo preguntas acerca de la índole de la Orden Rosacruz y me preguntó si era secta religiosa.

Estoy convencido de que me hizo esta pregunta más para conocer la índole de mi respuesta que para obtener información, porque yo sentía que él conocía ya las contestaciones a sus preguntas.

Procedía él de un monasterio de Ceilán. Para él, el buddhismo era más bien una regla de vida que un sistema religioso, aún cuando el mundo lo reconoce como tal. Este "arahat," o maestro, porque lo era en realidad, tenía una mentalidad sumamente liberal, sin embargo hablaba de las flaquezas de la religión actual. Dijo que el dogma, que prevalece hoy, había anquilosado el espíritu, el contenido espiritual y vivo de que han estado imbuidos los grandes fundadores de las religiones. Se lamentó de que posteriormente, sacerdotes, monjes e hierofantes, al tratar de preservar la esencia de las enseñanzas de su Maestro, tal como ellos las entendían, en realidad habían encerrado prisionera esa esencia dentro de un código inflexible y objetivo de reglas diversas.

Era como si uno capturara un bello pájaro de la selva y, para conservar su elegancia y su canto cerca de él, lo encerrara en una jaula. Finalmente, el pájaro aquí llega a perder su canto y su bello plumaje, si no su vida.

Hablamos de que muchas personas que se enorgullecen de su previsión, sustentan el ideal final de la unidad de todas las religiones. Esto, según dijo mi sabio amigo, es un índice de su falta de comprensión de la índole mística y psicológica de la actitud religiosa de la mente.

Jamás podrá haber una unidad de religiones mediante un precepto o regla específica. No hay experiencia sagrada que todos los hombres la acepten por igual. La conciencia espiritual, que varía en cada ser humano, hace que aquello sea imposible.

Los ojos de todos los hombres no pueden ver la misma belleza en todas las formas físicas, y por esta misma razón tampoco puede la visión interna del hombre aceptar una sola interpretación objetiva como la verdad Divina para toda la humanidad.

Tuvimos oportunidad de decir que, desde el punto de vista Rosacruz, la religión es una experiencia intima y personal. La comprensión de una experiencia divina esta adaptada a la mente del individuo, al nivel de su conciencia espiritual. Es como la luz blanca del sol que llega a estar en contacto con un objeto; la índole del objeto, su substancia, determina cuales bandas de color serán reflejadas y cuales quedarán absorbidas.

Como algunos objetos son blancos porque reflejan uniformemente todas las ondas visibles del sol, así, también, algunos seres humanos son espirituales en su personalidad, porque su conciencia refleja debidamente la esencia divina de su propio ser. Nadie puede hacer justicia completa al contenido de su experiencia interior, de manera objetiva. Esa experiencia tiene que sufrir cuando se traduce en objetividad, en palabras y términos o ideas que han de ser trasmitidas a otros. Sostener que todos los hombres tienen que aceptar

como propias las convicciones que pueden no estar de acuerdo con las de su propio Yo, es convertir la religión en una burla. La tentativa de llevar a cabo esto es lo que produce tanta jerigonza religiosa como existe en la teología de hoy.

Después de muchas otras observaciones llenas de iluminación y sabiduría, algunas de las cuales no puedo consignar aquí, el maestro dijo que la verdadera religión no es más que un concepto personal; es el deseo interior de trascender del sentimiento físico y de la experiencia empírica, para dar expresión al ser interior de nosotros.

Una religión no puede ser nunca más que eso; tiene que permanecer siempre sin forma; una religión no debe tratar nunca de dar forma al espíritu de la iluminación personal. Si ha de tener alguna índole objetiva, tiene que ser solamente una guía para que el peregrino halle el portal por el cual puede entrar para tener conciencia personal de lo que hay dentro. Por esto, dijo el bhikkhu, es que él era buddhista. Para él, el buddhismo era el sendero del desarrollo y la meta personal, no un catecismo de definiciones.

Hablando nuevamente de la unidad religiosa con que muchos hombres sueñan, se convino en que los hombres están unidos por la experiencia religiosa en sí, y no por la interpretación colectiva que de ella hagan los hombres. El se lamentó de que el buddhismo, lo mismo que el cristianismo y otras religiones vivas, haya descendido hasta adquirir un carácter teológico.

Le dijimos que las enseñanzas Rosacruces, que constituyen un sistema de filosofía mística y metafísica, cultivan la experiencia espiritual del individuo y cultivan un concepto que se adapta a la comprensión personal de cada uno. Para el Rosacruz, hay unidad espiritual entre los hombres solamente en el grado en que ellos, individualmente, entren en armonía con el Cósmico o el Absoluto.

El Cósmico, pues, es el punto focal, y solamente en la medida en que ellos queden absortos en el Cósmico, o contiguos a él, así estarán en acuerdo espiritual entre sí. Esto es semejante a las limaduras de hierro atraídas por el polo de un imán; mientras más cerca están del punto de atracción, más juntas están unas con otras.

Cuando nos despedimos del sabio, la lumbre del sol poniente bañaba la gran stupa con una aura de oro.

(continuará)